

¿DE PARTE DE QUIÉN?

Martín Smud



EPISTEME

UN ESPACIO DE CLÍNICA,
INVESTIGACIÓN Y CULTURA

EL
BODE
GON
EDICIONES

¿DE PARTE DE QUIÉN?

Obra de teatro presentada en el espacio cultural San Abasto (Sánchez de Bustamante 632, CABA).

Autor: Martín Smud

Dirección: Marcelo Ferrari

Músico: Patricio Villarejo

Productora Ejecutiva: Celina Telleria

Iluminación: Dante D'Angelo

Video: Valeria Smud

Fotografía: Antonio Fernández, Ines Alonso



Agradecimientos: Theo Smud, Manu Smud, Josi Schoo, Patricia Gorocito, Gabriel Groswald, Victor Koprivsek, Noelia Venier y Marcelo Cárdenas.

¿De parte de quién?

Obra teatral

**¿De parte de quién?
Obra teatral
de Martín Smud**

1ª edición: 2024

Foto de tapa: Inés Alonso

Colaboraron con esta edición de autor
Coordinador: Víctor Hugo Koprivsek
Edición literaria: Noelia Venier
Diseño de tapa: Catriel de Benedetti
Diagramación: Julio C. Zani

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en forma alguna, ni tampoco por medio alguno, sea este electrónico, químico, mecánico, óptico de grabación o de fotocopia, sin previa autorización escrita por parte del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

¿De parte de quién?

OBRA TEATRAL

Martín Smud

Índice

Portada / 1
Contraportada / 2
Créditos y legales / 4
Página de título / 5
Índice / 7

Acto 1

ESCENA 1. Historia de mi silla / 9
ESCENA 2. Las cuatro posibilidades / 11
ESCENA 3. ¿Cómo haremos? / 13
ESCENA 4. El método / 15
ESCENA 5. Las voces / 20

Acto 2

ESCENA 1: Las cuatro posibilidades / 27
ESCENA 2: Esto podría ser distinto / 29
ESCENA 3. La precuela / 31
ESCENA 4. Los falsos finales o los falsos comienzos / 33
ESCENA 5. El escritor: “La nota aguda” / 36
ESCENA 6. El fraude / 39
ESCENA 7. El psicólogo / 40
ESCENA 8. El mordisco / 46
ESCENA 9: Los regalos y el docente / 48
ESCENA 10: La tiranía de la lapicera / 51

Sobre el autor / 55

Acto 1

(Mientras entran los espectadores, el actor está sentado moviéndose en una silla tan desvencijada con movimientos de arriba abajo, se escuchan los resortes sin aceitar).

Un tipo de silla que podría ser la siguiente:

(Un músico toca al entrar el público. Se trata de una atmósfera en violonchelo, toca solo, los temas se modifican dinámicamente, acompañando el movimiento del actor, la expectativa por lo que va a comenzar).

(Cuatro diferentes sillas en escena y un escritorio con libros, vaso, apuntes).

ESCENA 1. Historia de mi silla

(Se mueve y se escucha un ruido crujiente de los resortes, se va deteniendo).

Mi silla cruje, se retuerce.

¿Por qué empezar a contar la historia de dónde estoy sentado? (Mira a los espectadores) ¿Por qué comenzar a contar mi historia desde este estar sentado? Siendo todo tan confuso y tan extenso, ¿por qué me detengo en esta acción?

(Se levanta y se acerca a otra silla tipo banquetta pequeña). Una acción que no tiene otro sentido (se va sentando) más que una inclinación en el espacio, una quebradura del espinazo que se apoya cómodamente en este invento tan humano. (Se levanta).

¿Cómo pensar que algún otro animal pudiera inventarla?

(Se acerca a los espectadores). No hay nada más natural que pensarse sentado en esta silla. ¿Quién, en un primer intento, no podría imaginarse sentado en su silla preferida? Casi diría que esas cosas no se piensan.

(Mira asustado a la primera silla). En esta silla estoy atrapado. Porque caminando o recostado intentaría llegar más lejos que cualquiera, pero allí donde el ser humano se sentó, quedó. Porque acostarse implica despertarse, levantarse, ir, buscar, y caminar implica recostarse, descansar.

Pero esta acción, estar sentado, no tiene acción opuesta, ni siquiera pararse porque si me paro (se para) algo quiero.

(Comienza música). (Comienza a caminar para la silla más alejada).

Sentado se encuentra aquel lugar donde todos los huesos parecen bien armados, ese pequeño sosiego que tanto nos desveló o que tanto nos hizo caminar.

(Se sienta en la silla más alejada, un tipo de silla frecuente). Sentado te conté esa historia que nunca más volveré a decir alguna vez. Allí te veo, se mezcla el tiempo, tu mirada interesada en mis lágrimas que recorren un largo

camino y vienen a sentarse justo aquí donde mi silla se empecina en preguntarme quién soy.



ESCENA 2. Las cuatro posibilidades

(De una manera extrovertida, con movimientos ampulosos). ¿Ustedes pensaban que esto iba a ser así? Quizás sí, quizás no. Lo único que sé es que son ustedes, ahora, los que están atrapados en sus sillas por un largo rato, no digo un largo rato, porque si no se van a poner nerviosos... un corto rato. Mientras que yo intentaré cumplir mis deseos... y vuestros deseos.

Ustedes ya se dieron cuenta que no me puedo mantener mucho tiempo en el mismo lugar. No puedo hacer solo un espectáculo, por eso hemos pensado cuatro posibilidades diferentes con un comienzo común, que es este. No van a poder decir: me gustó, no me gustó el espectáculo. Van a poder decir: me gustó o no me gustó este espectáculo, el que haremos para ustedes esta noche. Bienvenidos a San Abasto Subterráneo Cultural.



ESCENA 3. ¿Cómo haremos?

¿Pero cómo haremos? Uno de ustedes, una de ustedes elegirá al azar el camino, el rumbo, la puerta. ¿No es eso un poco la vida? Las puertas que uno ha abierto. Y también y, sobre todo, las puertas que uno no ha abierto. (Se acerca a la silla tipo taburete). ¿Esta? ¿Qué pasó con esta? (Mirando a un espectador). ¿No la viste? Podría ser un pasadizo a lo maravilloso y no la viste. Vieron cuando nos dicen ¿no la viste? Uno no sabe si tenés que ir rápido al oftalmólogo o que estabas caminando al lado de un elefante y ni te diste cuenta. Bueno, no la viste. Pero ahora miren esta. (Se detiene en mirar una silla de enormes proporciones en comparación al taburete). Ahora sí la miran con más cuidado, mírenla. ¿Qué ven? Es grandota, tiene cintura, nos invita a que nos sentemos. (Mirando a un espectador). Pero tuviste miedo. Tuviste miedo. (A todos). El ser humano es un ser que tiene miedo. (Al mismo espectador). Pero, ¿no creés que, si te hubieras animado a un poquito más, todo hubiera sido diferente?

¿Y esta otra? ¿Qué pasó con ella? Había un guardián delante. Un hombre, no sé si leyeron el cuento de Kafka. Un hombre quiere pasar por la puerta. Le pide permiso. Le ruega. Le suplica. Hasta intenta sobornarlo. Y nada. El hombre se va volviendo viejo, muy viejo. Y ya cuando apenas se puede mover, el guardián se levanta para cerrar la puerta. El hombre viejo, que apenas se puede mover, desesperado, levanta su cara y le pregunta algo que nunca le había preguntado: “¿Cómo es posible que nadie haya pasado por esta puerta durante todo este tiempo?” El guardián hace este movimiento (gira su cabeza hacia

el hombre). Este un movimiento importante. Un movimiento de cabeza, para mirarlo. Vuelve a mirar hacia adelante y dice: “Esta puerta está destinada”. Y vuelve a realizar un segundo movimiento de cabeza hacia el hombre, mirar por segunda vez es lo definitivo. Le dice: “Esta puerta te estaba destinada”. Y la cierra.

(Vuelve el personaje extrovertido del comienzo). Pero no seamos tan dramáticos. (Como burlándose). Que no la viste. Bueno, no la viste. ¿Tuviste miedo? Tuviste miedo. ¿Qué vamos a hacer? Nada. Sí, alguien se interpuso entre ustedes y el futuro.

Pero con esa otra (mirando la silla más alejada, la más común). ¿Qué les pasó? ¿Qué pasó? ¿Tuvieron pereza? No pasa nada. No tuvieron ganas. Si uno no tiene ganas, no tiene ganas. Vieron que las ganas son como cuando un depresivo te dice: “No tengo ganas”. ¿Qué vamos a hacer? No tiene ganas, no tiene ganas, es una tautología, no hay nada que hacer.

(Se acerca a esa silla y mira a alguien de público). ¿Qué te pasó? Ahh ¿Tuviste paja? ¿Hay alguien acá que sea de otro país? Levanten la mano. ¿Hay alguien? Bueno, mejor. Nos salvamos, si tuviéramos que explicarle el significado multívoco y tan utilizado por adolescentes y jóvenes nos llevaría más de dos horas. ¡Qué paja! ¡Cuánta paja! ¡Alta paja! ¡Es una paja! ¡Tengo paja!



ESCENA 4. El método

¿Qué método utilizaremos para la elección de hoy? ¿Qué les parece? Se me ocurrió a mí la... Perdón, no soy muy inteligente. Aparte es medio obvio. La moneda. ¿Qué les parece? Tiremos la moneda al aire.

Un árbitro comienza el partido, (saca tres monedas que tiene en un bolsillo), tira una moneda al aire. Hay uno que elige el campo. Lo importante, lo trascendente, de dónde viene el sol, dónde el viento, dónde está la tribuna visitante, la local. ¿Y al otro qué le queda? Lo

intrascendente. Comenzar a patear la pelotita. (Tira la moneda y espera el resultado). Bueno. Ricardo, comenzás pateando la pelotita.

Un asesino frente a su víctima indefensa. ¡Asesino! ¡Asesino! Esta parte me encanta. ¡Asesino! ¡Asesino! Inténtenlo en su casa que está bueno. Y ahí está la víctima. Vos sos la víctima. ¿Sí? Entonces el asesino le dice: “Te mato o no te mato”. ¿Vieron la película? Es buenísima. Se llama “No hay lugar para un hombre viejo”. Véanla porque es buenísima. Tira la moneda al aire. La víctima, o sea vos, dice, no digas, no me digas lo que salió. Hacé lo que tenés que hacer, matame. Se las voy a espoilear toda. No se las voy a espoilear toda porque me llevaría como dos horas. Solo estas escenas. No me digas lo que salió. La víctima le dice: “Matame, responsabilizate de tu acto”. En la escena siguiente, el asesino hace este movimiento (el actor se limpia el zapato), se está limpiando la sangre de las botas.

Un enamorado duda de su amado. ¿Quién está enamorado acá? Levanten la mano (espera), no, no bajen, bajen (urgente) se va armar unos quilombos, no, gracias, gracias. No es como dicen. Me amás locamente, me amás mucho, pero me podrías amar más. No me amás tanto porque sos una ególatra, egoísta. No me amás nada, hijo de puta. No, no es así. Ustedes saben, los que aman, que no es así. Saben cómo es a cara o cruz. ¿Me amás o no me amás?

Esta moneda pesa mucho, ¿no querés venir a tirarla? Es la más chiquita, pero la que pesa más. Se puede uno hacer pelota y sentir que te dispararon a quemarropa. Ahí voy. (Tira la moneda). Seca. Lo siento. Seca. Salió seca. No, no, acá me aseguran que salió cara. Seca. Cara. Al final no resuelve nada esto de la moneda, la duda infinita acerca del amor. Y aparte las monedas no nos sirven de nada. Porque tienen dos lados y nosotros tenemos cuatro posibilidades.

Entonces ahora, ¿qué hago? Ya lo sé. Decís el azar, el escolazo, la ruleta, el caballo, los dados. Los dados. ¿Cómo no se me había ocurrido? (Saca dos dados que tenía en un bolsillo). Vamos a tirar los dados. Ahí va, seis y cinco, once. Negro, el once. Saben que cuando yo tenía diecisiete años fui a un casino, al casino de Pinamar, que no es el que está ahora, que está entre medio de Pinamar y Villa Gesell, aquel estaba en Pinamar, y yo estaba parando en Villa Gesell. Fui al casino por primera vez y me salió negro, once, un pleno, un montón de plata, una felicidad como, no sé, divina la felicidad. Pero, claro, el problema es que volví a jugar. ¿Y qué salió después? Cero. Cero. No había 36 posibilidades sino 37. Perdí casi todo, lo poco que tenía ¿lo juego o no lo juego?, estaba viviendo en Villa Gessel y el casino en Pinamar, recuerden. Si no gano tendré que ir caminando quince kilómetros por la playa y el mar en plena noche, me la juego, me la juego. Y jugué todo lo que tenía. Doble cero. Doble cero. La ruleta americana tiene 38 posibilidades, siempre los yanquis nos están cagando. Yankees, go home, mientras que yo pensando en el doble cero caminando quince kilómetros. De noche. Mientras

que iba caminando, pensaba en el doble cero. ¿Qué carajos es el doble cero? No es un número el doble cero. No es un número. Es como preguntarse acerca de la existencia o inexistencia de Dios. Es imposible determinar qué es el doble cero, a la única conclusión que llegué encerrado entre las estrellas, el rugido del mar y mi cagazo era que el doble cero nos termina convirtiendo en creyentes (ruega), “que salga que salga, por Dios”, o en ludópatas (como adicto) “que salga, que salga, por Dios”. Eso y otras cosas más que nos les podría contar fueron parte de mis penosas vacaciones teenager, no siempre se la pasa bien siendo joven.

Pero los dados tampoco nos sirven porque tienen seis lados. Y nosotros tenemos cuatro posibilidades. Entonces, ¿qué hago? Un amigo me está mandando un mensaje telepático, me dice: bolillero. Ahhh, genial, claro la infalibilidad de la ciencia, todos tenemos las mismas posibilidades objetivas de salir. Hace más de 30 años que soy docente, acá está la jefa de cátedra, Roxana, la adjunta Cecilia que pueden dar testimonio. Sí, más de 30 años, pero nunca en mi vida vi un bolillero en la facultad. Y aparte, si yo tirara el bolillero y se cayera el piso, se rompe el piso, se rompe el bolillero y a mí me cagan a trompadas. La infalibilidad de la ciencia te llena las caras de dedos.

Y otra vez lo mismo. ¿Qué hacemos? Claro no les voy a tirar a ustedes el problemón, ¿yo qué hago? Lo tengo, un juego que se jugaba cuando yo era chico y que se sigue jugando aún hoy. No lo pueden creer, ¿no? Que exista un juego que se siga jugando después de 50 años, pero sí hay

un juego. Quizás hay dos, pero este es muy particular, ya se podrán estar imaginando cuál es. ¿Cuál será el juego?

Bueno, acá lo tienen (saca un juego de papel donde a partir de colores se elige una solución), esta es la solución más importante que hemos encontrado. Yo les quiero preguntar a ustedes, ¿cuál es el nombre que tiene este juego? Sí, saben. Sapo, sapito, muy bien. Pero ustedes quizás no lo saben, yo soy un gran investigador y este es el juego que debe tener más nombres en la historia de la humanidad y hasta algunos ni siquiera saben cómo se llama. No me creen, ¿no es cierto?

¿Cómo le dicen? Sapo, ranita, rompecoco, rompecorazones, piquín, piojito en Ecuador, en Brasil se llama tierra y abre, ahora se podrán dar cuenta por qué yo quería que hubiera gente de otros países en el auditorio, estoy realizando la más grande sistematización de nombres de nuestra América sobre este juego. Dejo afuera a los yanquis porque me cagaron ya desde los diecisiete.

Tenemos finalmente, por fin, y bueno, lo buscamos, ¿eh?



ESCENA 5. Las voces

El juego con el que iniciaremos el rumbo de este... ¿Qué es esto? ¿Esto es un espectáculo? No me jodan, ¿esto es un espectáculo? No, mi amigo Vicente, que seguramente no vino, no vino Vicente, ¿no? Diría que es un stand up. Hay un amigo, Nacho, que no es el Nacho de hoy, sino otro Nacho, que dice que esto es una performance. No sé si es una performance, pero me encanta decir performance. Pero no, yo te voy a decir realmente lo que es, porque ustedes se están preguntando qué carajo es

lo que estoy haciendo. (El actor se da vuelta). Esto es un show. Entiendan bien lo que es. Un yo uh, yo uh. Claro, ustedes se ríen, pero cuando yo lo digo así me da una vergüenza. Y entonces me empiezan a aparecer voces. Claro, ustedes dirán, es psicólogo y le aparecen voces. ¿Qué pasa? Sí, a mí me pasa, yo tengo voces. No les pasa a ustedes.

(El músico comienza a tocar en la medida que se va poniendo un poco más frenética la escena. La partitura se llama TEMA DE DANTE).

Score

¿DE PARTE DE QUIÉN?

Música para la obra: Tema de Dante Patricio Villarejo

Cello

Vc.

Vc.

Vc.

Vc.

Vc.

Vc.

Vc.

Una voz me dice: “Tenés que ser franco con ellos, tenés que decirles lo que pasó el 1 de abril, si no, no vas a poder ser feliz. (Como escribiendo con una tiza en el aire): “No vas a ser feliz”.

Otra voz me dice: “No pensés en el pasado, pensá en el futuro, te vas a morir, te vas a morir”. Y es más tajante, me dice: “Te estás muriendo, (vuelve a escribir como con una tiza en el aire): te estás muriendo”. Tremenda esa voz. Y otra me dice todo el tiempo lo que tengo que hacer, por qué carajo me vas a decir todo lo que tengo que hacer, (da una vuelta sobre sí mismo), no quiero que me diga lo que tengo que hacer, me cago en Dios, no quiero que me diga nada. (Escribe como con una tiza en el aire): “Hacé esto”.

Y no solamente hay voces, también hay personas que me piden explicaciones. ¿Qué explicación te voy a dar de esto? ¿Qué carajo te voy a dar? No te voy a decir nada, no te puedo decir nada. ¿Qué te voy a decir?

(Desesperado). Y los peores, los peores, pero ellos sí son los peores, son los de arriba, que tiran la cadena, no sé si se dieron cuenta que les caen cosas, oloroso, gelatinoso, por acá, por allá, tiran y tiran, porque se burlan, se burlan. Me dicen: “¡Como este va a hacer esto! ¡Cómo esto va a hacer este!” Se burlan.

Y tengo que aprovechar para darles un preaviso. Esto me pasa hace mucho tiempo, yo no sé hablar y respirar al mismo tiempo, o respiro o hablo, o hablo o respiro. Entonces como hace 15 minutos que estoy hablando y tengo que hablar dos horas más, en general yo voy sintiendo algo subjetivo, como que me voy elevando,

como levitando, cada vez más alto, ustedes ven algo totalmente diametralmente opuesto, ven un tipo tirado por este sector (muestra la zona delante del público), ya me pasó en la primera función, en la segunda, en general los de allá, los que están cercanos a la puerta de salida, están mucho mejor, porque salen a buscar salida, salida de emergencia, salida de calle, ¡ambulancia, ambulancia!, los de acá están un poquito más jodidos, pero pueden hacer algo para ayudarme, pero bueno, esto me pasa hace mucho tiempo, y ya tiene nombre, lo que me pasa es un ataque de pánico, van a ver un ataque de pánico en escena, ustedes pueden hacer algo para ayudarme, pero claro, hay algunos de ustedes que no son tan generosos, son más egoístas, entonces dirán, bueno, está tirado ahí, lo que le pasa es psicológico, es psicológico, es psicológico, es psicológico, no, yo les voy a demostrar, se los voy a demostrar científicamente, que lo que me pasa no es psicológico, tiene comprobación médica, y ustedes lo van a ver, sí, verán (saca de su bolsillo un oxímetro y levanta el dedo para que todos lo vean).

Verán, comprobarán cómo baja, baja mi oxígeno en sangre, y entonces cuando esté tirado por este lado, ven que ya está bajando (muestra el oxímetro nuevamente), va a ir bajando y bajando, y ustedes pueden hacer algo para ayudarme, ustedes los que todavía creen en la solidaridad, pueden hacer para ayudarme, y decirme: “Tomate un sedante”, entonces ahí yo voy a tomar un sedante, y bueno, todo esto que podría llegar a pasar, pero podría no pasar si no lo escucho fuerte, si no lo dicen con ganas, con toda la energía, con esa voz que les salga del alma,

¿son personas generosas, o están tomados por el egoísmo?, y también tenemos que tratar de asustar a los de arriba, para que no nos sigan tirando cosas, entonces yo voy a decir 1, 2, 3, y no me hagan separar en dos grupos, uno por acá, otro por allá, como hacían en mi infancia, porque eso me sale bastante mal, entonces con toda la voz, y se animan a decir 1, 2, 3, mejor digan sedante, sedante, es más corto. ¿Se animan?, vos te animás, vos también, vos también, con todo el corazón, en el alma, en la voz, dentro de la voz, que llegue hasta arriba, ¡sedante, sedante!

¿Cómo se dieron cuenta que también tenía esa voz?, sedante, sé Dante, no soy Dante, pero esa voz me pide: “Sé original”, ustedes se ríen, pero saben lo que es tener una voz que te exige ser original, es tremendo, bueno, voy a tomar un sedante (saca un estuche con pastillas y hace que lo toma), porque es necesario, en este momento... es un sublingual, bueno, es un chiste malo, pero es cierto que es un sublingual.

Vamos a comenzar, finalmente, el show, vamos a elegir el rumbo, la puerta de esta noche, ¿les parece?, ¿saben cuáles son las posibilidades?, ¿leyeron el programa de mano?, nos costó mucho hacerlo ¿sí?, ¿lo leyeron?, no lo leyeron, estuvieron boludeando media hora afuera, no lo lean ahora, no ahora, en un rato se los vamos a contar, pero sepan (muestra los puntos cardinales en el lugar) que allá está el norte, allá está el sur, allá está el este, y allá está el oeste, y esto es verdad, y cuando ustedes saben qué lado está en qué lado, tienen ganas de ir para un lado, quieren ir para allá y no para allá, y entonces el azar azaroso, puede coincidir o no con lo que ustedes desean,

si en este caso coincide, a eso se llama suerte, sí, pero no se olviden que hay otras tres posibilidades, que son más que una, tres es más que uno, entonces es muy posible que no les salga lo que ustedes quieran, entonces se van a tener que quedar atrapados en su silla por un largo rato, aguantando que el espectáculo siga, será como salir a la mar pero mar embravecido, viento en contra, y sobre todo con una sensación: de que la cosa podría ser distinta.

(El músico toca mientras que el actor toma un vaso de agua, tomará un atril que llevará a cuatro lugares diferentes, explicando cada una de las cuatro posibilidades).

Acto 2

ESCENA 1: Las cuatro posibilidades

1. El escritor

El escritor tomará distintos textos al azar, pero muy rápido comenzará un lastimoso lamento acerca de la suerte de los artistas, y todavía más rápido exigirá la compra de uno de sus ejemplares (muestra un ejemplar de algún libro de su autoría).

2. El narcisista

Será el momento imborrable, ese instante que recordarán por el resto de sus vidas. O una serie interminable, logorreica de historias. ¿Sabes qué es logorreica? Diarreica. El peligro es mayúsculo, se podrá frustrar el lindo momento que estamos pasando.

3. El psicólogo

Referirá de un caso clínico, que puede ser el tuyo, el tuyo o el tuyo. Pero puede no ser el tuyo, quizás tengan suerte y no sea el de ustedes, sino sea el de ella, el de él o el de él. Pero sepan desde el vamos que nadie me dio autorización en lo más mínimo, no tengo ningún consentimiento informado, entonces esto que haré está prohibido. Y ustedes, caerán en lo prohibido, solo al escucharlo.

4. El docente

Tenemos pupitres, podrán preguntar lo que quieran, tomar nota, los temas están: los cuatros tipos de destino, qué pasa si se les cae el celular al piso y se les rompe, cómo atravesar los diferentes duelos a lo largo y ancho de una vida. Los temas están, pero ¿están los alumnos? ¿No empezarán a mirar para cualquier lado y se notarán los graves problemas atencionales que tienen? ¿No empezarán a sentir como hormigas en el culo y tendrán unas ganas irrefrenables de salir corriendo al baño?



¿Cuál elegirían de las cuatro posibilidades? ¿La enuresis adulta del docente/alumno? ¿El peligro de la frustración del narcisista? ¿Lo prohibido del caso clínico? ¿El lastimoso lamento del escritor? ¿Cuál elegirían? ¿Quién elegirá? ¿A quién le lloverán enormes críticas, recriminaciones, lapidaciones, hasta piedras tenemos para tirar, por algo que no tendrán demasiado que ver? ¿Quién elegirá el camino? La persona elegida podrá alegar en su defensa la suprema, infructuosa, inmisericordiosa, pequeñez de la voluntad humana. Contra el azar, ¿qué podemos hacer? Si no, preguntémosle a Edipo. (Da vuelta la cara como descubriéndolo en una luz). Ah, Edipo, ¿no te diste cuenta que huyendo de tu padre de crianza mataste a tu padre biológico, que a su vez huía al enterarse de que su hijo biológico, que había mandado a matar cuando era un bebé, estaba vivo? Edipo, ¿no te diste cuenta que la mujer que amabas locamente no era sino tu madre biológica que te tenía en la cama como te había tenido en la panza? Edipo, ¿no te diste cuenta de nada? Pero cuando su mirada se abrió (se da vuelta y tiene unos ojos de juguete bien grandes), cuando su mirada se abrió, sus ojos cayeron (se saca los ojos y espera un rato para reubicarse).

ESCENA 2: Esto podría ser distinto

Bueno, pero esto es un show, no se juega nada importante. ¿Qué puede pasar? El rumbo del espectáculo, sí, quizá la certeza de que quizás la cosa podría ser distinta, que otra suerte nos pueda acompañar. ¿No los persigue a ustedes la sensación de que las cosas podrían haber sido distinto? ¿No hubieran querido otra suerte?

(Camina para la derecha cuando dice lo positivo, y para el otro lado cuando dice lo negativo). Lo bueno es que, si ustedes volvieran una segunda vez, una tercera vez, una cuarta vez, ahí podrían ver todo el espectáculo completo. (Camina para el otro lado). Lo malo es que el azar es medio complicado, no soy solamente yo el complicado y podría repetirse. ¿Y entonces qué haríamos? Entonces comenzaríamos el complejo juego de numerología, ciencias de la probabilidad y todo tipo de cábalas intentando anticiparnos a la suerte del azar.

(Camina para el otro lado). Lo bueno, y esto es lo que más me gusta, es que, si ustedes volvieran una segunda vez, una tercera vez, una cuarta vez, les podríamos preguntar, ¿de parte de quién venís? ¿Y ustedes qué podrían decir? Algo poético: “Venimos de parte del azar”. Sería decirlo entre todos. Porque es como que acá uno se va ensanchando el corazón o por lo menos habiendo gritado un poco. Escucho esto, uno, dos, tres, ¿de parte de quién venís? Del azar, del azar. Y no solamente asustamos a los de arriba que nos tiran todo el tiempo cosas, sino que asustamos a los de arriba de arriba y a los de arriba, de arriba de arriba. Y llegamos a Dios y a la pregunta acerca de su existencia o inexistencia, que ya no nos importa porque Dios nos va a escuchar. Entonces, ¿de parte de quién vienen? (Todos juntos). Del azar, del azar. Qué lindo, esto es lo mejor, pero tengo que ir para allá. (Camina para el lado malo). Eso es como es la vida, ¿no? Lo malo, lo malo es que quizás uno de ustedes, quizás dos, no creo que más de dos, no quiera venir una segunda, una tercera, una cuarta vez. Estoy mirando a ver quién será. Pero no lo creo.



ESCENA 3. La precuela

¿Saben por qué no lo creo? Porque estamos en las épocas de las series. Temporada una, dos, tres, diez, doce, trece. No parecen terminar nunca, que manera de perder el tiempo, son infinitas las series. Es la secuela de la secuela, de la secuela de la secuela, la secuela de la secuela, la precuela. La precuela. El origen de la historia cuando la historia no había comenzado. Es una cosa increíble. Cuando yo era chico, no existía la precuela. Y cuando era adolescente, no existía la precuela. Cuando era adulto,

tampoco existía la precuela. Hace muy poquito aprendí la palabra precuela.

(El músico comienza a tocar VALS DE LA PRECUELA. Según el compositor Patricio Villarejo: “El otro es cuando al fin se decide todo y se habla antes de hacer la obra en sí, de que hasta todo podría ser una precuela de la misma obra. Se trata de un vals, nostálgico y amoroso, con un dejo de melancolía”).

Score

De parte de quién?

Vals de la precuela

Patricio Villarejo

Cello

Vc.

Vc.

Vc.

Vc.

Vc.

Vc.

Nosotros, en mi infancia, no es que no afanáramos con una historia. Pero afanábamos para adelante, no afanábamos para atrás. Los únicos que afanábamos para atrás éramos los psicoanalistas.

(Se sienta en una silla y habla como psicólogo). Tu personalidad tiene que ver con tu infancia, no solamente con tu infancia, sino con los primeros años que no te acordás. Pero vuelven a partir de sueños diurnos, nocturnos, pesadillas. Pero ni siquiera eso, sino con el deseo de tu mamá y de tu papá. (Espera un poco dudando). Puede ser mamá y mamá, papá y papá, mamá sola, papá solo, mamá y banco de esperma, papá y vientre subrogado de la abuela y el óvulo... bueno simplifiquemos... mamá y papá, que te planificaron, ¿planificaron? (Duda). Te tuvieron, te concretaron, ¿te concretaron? No, en realidad estás. Estás.

Y ahora tenemos que hacer lo que se hace en todos los shows antes de comenzar. Unir ese estás, están, con la precuela, el origen de la historia antes de comenzar la historia. Y a eso, ¿cómo se llama? Comúnmente, ¿cómo se llama? Disfrutar. A eso se llama disfrutar. ¡Disfruten del show! (Se aleja como para comenzar el espectáculo, pero vuelve rápidamente contrariado).

ESCENA 4. Los falsos finales o los falsos comienzos

Esto lo dicen antes de comenzar un espectáculo, como si eso fuera fácil, sabiendo que hay muchas otras posibilidades, y aparte sabiendo que soy yo el que está haciendo esto, y que son ustedes los que eligen, vuestro

azar, no, vuestra suerte, no, la precuela, la precuela. (Se vuelve a ir y vuelve como si se apagara y prendiera nuevamente la luz).

Pero, si esto fuera el show simplemente, y si terminamos acá, ¿qué les parece? ¿Para qué seguir y arriesgarnos a más? La cosa más o menos funcionó. ¿Qué les parece?

(Caminando para la izquierda). Porque si volvieran una segunda vez, una tercera vez, una cuarta vez, ahí sí podríamos elegir, pero como hoy no elegimos, no tenemos la chance que nos vuelva a tocar lo mismo, lo mismo, lo mismo, lo mismo. (Empieza a dar vueltas con sus manos y luego pasará a dar vueltas con su cabeza). Lo mismo, como una calesita infinita, un rulo temporal, un loop, como en “El día de la marmota”.

Una calesita infinita, sí, porque claro, es muy divertida la calesita, si no se sube y se baja, pero si la calesita es infinita, no lo sería mucho, sobre todo para mí que de chico me mareaba en la calesita de la plaza. Mamaaaaaaaaaaaaaa.

(Se detiene mareado). Y si esto pasara con el país, uyyyyyyyyyy, ¿lo tenías que decir? Nos empezamos a mirar con recelo y se arman como dos equipos de fútbol, enemigos, de amigos con caras de buena onda, a tirarse con las sillas. Los de este lado rabiosos dicen: “Para, si querés te aplaudimos, y si querés te aplaudimos de pie, pero ¡para!” Y los de acá (la otra hinchada) dicen: “¡Seguí! Queremos ver el épico final”. ¡Para! ¡Seguí! ¡Para! ¡Seguí!

Siempre el tema es, ¿qué hacemos con los que no opinan como nosotros? Bueno, vamos a comenzar. Tenemos el método. Recuerden que, al entrar a San Abasto Subterráneo Cultural, han atado como con un piolín invisible nuestra o vuestra suerte a la suerte de los demás, qué socialista es la suerte. Es difícil que le vaya bien a uno y mal a los otros.

¿Quién elegirá? Te tocó, vamos, ¿qué color elegís? Amarillo. Uno, el escritor. Este texto está dedicado a Patricio Villarejo, en su caso. Se llama justamente “La nota aguda”.



ESCENA 5. El escritor: “La nota aguda”

(El escritor lee el texto mientras interactúa con el músico).

Una nota aguda me consume. Ya ni recuerdo de dónde salió o de dónde salí yo para escucharla, pero desde entonces no me deja de seguir. Se sostiene en el aire, se despliega, es tan insoportablemente engreída.

Se cree que tengo todo el tiempo para ocuparme de ella. Siempre lo mismo, uno las trata bien...

Nervioso, le zampo un cross de derecha a la mandíbula, y espero escuchar la caída. Un momento... La noto resentida. No lo esperaba. Y menos desde la derecha. Parece dudar. Está mareada, se tambalea, parece no saber dónde se encuentra. Va a caer. Me pregunto si fui demasiado rudo, me da pena, es una nota después de todo. Y qué nota.

La tomo entre mis manos, la intento revivir. Abre los ojos y se ríe. Nota presuntuosa y engreída. Desesperado, me la meto en la boca.

Si no puedo triturarla con mis molares inferiores y superiores derechos especiales para carne dura, le romperé los tímpanos con mis muelas recién arregladas por la Dra. Zavala. Agregó, por las dudas, una buena cantidad de saliva de alta densidad para que, si no es triturada o quede sorda, al menos se ahogue. Empiezo y está todo tan sincronizado que parece un lavarropas computarizado marca registrada.

No hay duda de que es su fin. No había duda de que era su fin. Siento un cosquilleo intenso a la altura de la garganta. No puedo evitar escupir la saliva acumulada, la recibe un desprevenido compañero de colectivo.

Ante su pedido de explicaciones, me echo a reír, maldita nota aguda presuntuosa, engréida y... juguetona. No me entiende y no entiendo cómo las muelas recién arregladas por la Dra. Zavala pueden quedar desparramadas por la línea 15, interno 52.

Trago saliva (que es una manera de nombrar a la sangre) para ayudarla a que resbale a mi estómago y se muera, al menos por claustrofobia. Se ha atorado, la muy tonta, y se entretiene rebotando con mis cuerdas vocales. Me parece un abuso que siga sonando y más que siga hablando.

Parecía más furiosa que yo al putear al negro grandote que me había roto los dientes. Creo que intentó defenderme, no puedo recordar con exactitud. Me dicen que mientras me rompía la primera costilla con un preciso puntapié con una alpargata negra, yo le decía:

-Negro de mierda, a que nunca fuiste a escuchar a la Filarmónica de Viena.

Creo haberme desmayado al romperme un brazo en el respaldo del asiento de la cuarta fila. Y la maldita nota aguda seguía hablando:

-Si no fueras un negro hijo de puta, te diría que tenés pasta de pianista.

Creo que lo detuvieron cuando quería colgarme del espejito retrovisor izquierdo. Tuve suerte realmente, creo que, si hubiera escuchado lo que le decía mi valerosa nota al negro grandote, seguramente me suicidaba primero.

Dicen que me queda poca vida, pero estoy contento de que la nota siga conmigo. Siga sonando y siga hablando. Ya no intento explicarme de donde salió ni le pregunto dónde irá cuando me haya ido. Seguramente no lo sabe. Pobre nota aguda.

Cuando no haya más remedio, a último momento, muy a último momento, me dejará caer, y el sonido del cuerpo que se cierne será distinto a la nota aguda que se escapa de mi boca que la llama.



ESCENA 6. El fraude

Me gustaría pedirles un favor. Ya saben que el escritor comienza eligiendo al azar un texto y después sigue con un lastimoso lamento, ahora viene el lamento. En la primera fusión, con el sapito salió el número uno. En la segunda, salió también el número uno. En la tercera, ¿que salió? Sí, el uno. Y hoy son testigos, volvió como una maldición del destino a salir el uno. Entonces, ¿qué pueden llegar a pensar ustedes? Que esto es un fraude, que las cartas están marcadas. Pueden llegar a pensar lo que yo pensé de la ruleta, que nos dejaba ganar el primer pleno y que después, nada. Cero, doble cero. Y ahí estaba yo, caminando 15 km entre las estrellas y el rugido del mar, pensando en la existencia o inexistencia de Dios.

Les voy a pedir, por favor, que me dejen tirar de nuevo de la ranita, a ver qué sale. ¿Sí? Por favor, les pido, porque hay gente que vino a la primera, a la segunda, a la tercera, y están acá y deben pensar mal de mí. Lo volvemos a intentar y si sale nuevamente se joden, me jodo porque había preparado cuatro finales distintos. Pero, vamos de nuevo, dale. ¿Qué color? Azul. Azul. Vamos al azul, a ver si tenemos otra suerte. Tres. Tres. Bueno, lo siento por ustedes, porque es la primera vez que voy a hacer este texto. Así que, ¿el tres qué es? El psicólogo.



ESCENA 7. El psicólogo

Suena el timbre del portero de mi consultorio que anunciaba que Gonzalo venía a verme. El último paciente del día. Tenía mucha expectativa por saber cómo había estado durante la semana. Hacía un par de meses se había sentado como lo haría hoy (se sienta en el taburete) y comenzado a hablar con una voz y una pronunciación rarísima. Le pregunté qué le pasaba, y este, sin decir mucho, abrió la boca y me invitó a que mirara en su interior. (Abre la boca lo más grande posible como cuando se va al dentista y luego se levanta).

No suelo acercarme tanto a los pacientes, pero puesto frente a la invitación y a mi intriga por esa voz tan gangosa e indescifrable, me acerqué y lo que vi me convenció de que había hecho lo correcto. En el medio de su boca, un artefacto de cobertura plateada instalado en su paladar superior al que había que ajustar día tras día, semana tras semana, mes tras mes. El objetivo era doble: abrir espacio en su boca para nuevos dientes y poner en fila a sus viejos dientes que desparramados anárquicamente daban a su cara una singular fisonomía.

-Esta es la verdadera máquina de ajustar.

Gonzalo rio, volvía a ser quien pensaba que era: un chico franco, decidido a hacer lo que le parecía que estaba bien según su forma de pensar y a quien la madre había empujado a venir a verme porque lo consideraba un incorregible. La palabra ajustar daba gracia. Ambos reímos, un rato después callábamos. ¡Cuántas cosas aparecían tras esa palabra!

Para mí, era un ministro de economía que, desde mi niñez, adolescencia, primera juventud, estaba encaramado en las altas cumbres de los gobiernos, no importaba el credo político ni si eran gobiernos militares o civiles y que repetía hasta el hartazgo: ajustar, ajustar, ajustar. Gonzalo, en cambio, pensaba en el padre, llegaba sin previo aviso, luego de guardar el taxi en el garaje, luego de un rato y cuando se le antojaba iba hacia su boca y daba una vuelta al torniquete. Cada ajuste era galardonado por una pequeñísima pero cada vez más evidente dificultad en la pronunciación y, por tanto, en la comprensión de quienes

lo escuchaban. Esto importaba a los padres pues deseaban no comprender lo que les decía el hijo. La madre deseaba no escuchar los alegatos iracundos e insoportables contra las tardanzas de su padre. Y eso terminaba por salpicarla a ella porque querían al grande y al chico más que al del medio, o sea a él.

(Se acerca a una parte del escenario que hace de entrada de planta baja de un edificio y luego va para el otro lado que sería la entrada a su consultorio).

Gonzalo, mi último paciente del día, tardó menos de lo usual en atravesar la planta baja, la subida ascensorial y la puerta repercutían las acciones de abrir y saludar. Se sentó y no comprendí nada lo que dijo, pero entendí todo:

-Quiero matar a mi padre, encerrarlo en una calle y pegarle en el medio de la cintura, para dejarlo parálítico.

-Te creo capaz, pero ¿por qué no le decís algo de la bronca que le tenés?

-Lo nuevo, tiene una parálisis facial, el médico dijo que no hay que molestarlo, no puedo ir a decirle nada. No aguanto más.

(Las tres sillas se convierten en una escena de terapia familiar, en una se encuentra el psicólogo, en la más cercana la madre y en el taburete el padre, el actor se refiere a ellos cuando va hablando).

“Era verdad”. Había tenido una reunión con los padres dos días antes. No me habían contado nada de esa parálisis. Se habían presentado así, simplemente con la voz querulante de la madre, pero tardé poco en observar ese gesto patético congelado en la mitad izquierda de su cara. Mientras la madre, una mujer regordeta y con edad difícilmente encuadriñable, hablaba en forma incriminatoria de que Gonzalo estaba peor desde que venía a verme e insinuaba que cambiaría de profesional.

Dije para intentar callarla una boludez, que a veces sale bien y se denomina señalamiento: “Gonzalo está peor desde que se entiende menos cuando habla y esto le genera cada vez más bronca e impotencia”.

La madre lo sintió una acusación. Había sido ella quien lo había llevado hasta el sillón del odontólogo, sin decirle para qué, y luego allí, ese hombre con un delantal entre un celeste aguado y un verde desteñido, le dijo que no había alternativa.

Ni un segundo podía dejar de observar por el rabillo del ojo la cara del padre, la madre se daba cuenta y dijo: “Así quedó por las peleas con Gonzalo”.

Se podía esperar una parálisis facial, como tantas, pero no como aquella, el padre ahora hablaba y era imposible prestarle atención. Su parte derecha (tapa su parte izquierda de la cara) seguía la gestualidad de las argumentaciones de sus palabras y preocupaciones. La parte izquierda había quedado congelada, detenida en un gesto indescriptible. Era como si se estuviera cagando de risa (muestra su parte derecha tapada y su parte izquierda

con una carcajada detenida). Con una risa que se escapaba de su cara, era como si la estuviera pasando bárbaro.

La comparación entre una parte y la otra se podría agrupar dentro del género de lo grotesco si no brotara, irrefrenable e inoportuna, una carcajada como expulsada del fondo del estómago como un vómito.

Bajo presuroso la mirada, lo antes posible, evitando la catástrofe. Era tan difícil prestar atención a lo que decía como no seguir viéndolo por el rabillo del ojo.

La madre continuaba hablando, por suerte, que hoy una hilera de dientes bien alineados resulta no solo una responsabilidad de los padres, sino imprescindible para una vida laboral para el chico en el futuro. “Ya no piden nivel educativo, sino presencia”.

Gonzalo (mostrando su presencia en la cuarta silla, la más alejada) pensaba, en ese punto lo mismo, quería encontrar lo antes posible un trabajo para irse de la casa de sus padres.

Saqué valentía e intenté mirar nuevamente al padre. Aún callado era imposible mantener la mirada sin que una terrible carcajada saliera de lo más hondo del estómago. Callado era aún más hilarante, más que un payaso, era un clown en su momento prodigioso.

La madre seguía hablando, con la enumeración de dichos y porqués del dentista cuando comienza a contar un nuevo encuentro, el último, este ayer, había dicho que después de todo este tiempo de ajustes tras ajustes, de semanas y

meses de ajustes, era el momento de parar y aceptar lo que había quedado.

Gonzalo iba a quedar cómo estaba, ya no importaba el aparato de ajustar ni las vueltas y tardanzas del padre ni la voz iracunda de la madre ni el psicólogo, nada era igual, algo había cambiado. Los dientes alineados o desalineados, blancos o negros, limpios o sucios pueden ser un indicador de la preocupación paterna y búsquedas laborales, pero sobre todo eran un indicador de la realidad.

Dije: “La realidad parece que dijo basta y ahora había no que aceptarla, sino hacer algo para transformarla”.

Acompañando a los padres, bajando los tres en el ascensor, no creo que nos hayamos entendido del todo. Pero algo había pasado, extraño, una parte de la cara del padre había cambiado. La mueca hilarante volvía a ser nuevamente un pedazo de cara de un ser humano.



ESCENA 8. El mordisco

Esta es la cuarta función, es el final de la primera temporada y el momento de los recuerdos y los regalos. Tengo muchos preparados para hoy.

A los 13 o 14 años, finales de la dictadura, fui al teatro Bauen a ver un unipersonal. El actor/actriz se llamaba La Pavlovsky, muy famoso, todavía vive, y terminaba el show pasando entre los espectadores, elegía a uno y le daba un mordisco, y después a otros y otras y los mordisqueaba, casi sin pedir permiso. Había logrado una comunión tal con los espectadores que nadie se negaba. Era antes de las series de zombies y nadie temía convertirse en eso. Nos dábamos cuenta que era su deseo, representado por un mordisco que bien dado dura un par de semanas hasta que desaparece. A mí me duró más. Sabíamos que era un acto de amor y, sobre todo, un deseo de quedar en la memoria para siempre.

Quizás el escritor, el docente, el psicólogo, el narcisista tengan esa misma secreta esperanza, así que pasaré uno por uno a darles un gran e inolvidable mordisco, un mordisco bien dado.

Mi primer regalo será entonces un gran mordisco a cada uno de ustedes, pero como el tiempo ha cambiado, hoy puede ser algo no tan fácil, y entonces he decidido darles otro regalo, pero con el mismo espíritu, que les quede en la memoria para siempre. Entonces, les vamos a regalar un ojo de Edipo.

¿Y por qué no les regalamos los dos ojos de Edipo? Es una buena pregunta. Quizás eso lleve a que explique el único personaje que no se mostró mucho durante la noche: el docente. Algunos me han dicho que les hubiera gustado que saliera el narcisista, pero ha estado presente sin decirlo, él ha hablado muchas veces a lo largo del “yo uh” y creo que él me ha hablado a mí sin que yo me enterara del todo. Pero así es de entrometido, de atrevido y no pide demasiado permiso.

Y entonces el docente les hablará del destino, de los diferentes tipos de destino que existen. Ese ojo que lo tenemos acá, que se lo dará Inés a la salida. Ustedes podrán utilizarlo para -como lo hizo Edipo- extirparse la mirada cuando se den cuenta que se han casado con su madre y han matado a su padre; lo bueno es que no les damos los dos, así que no van a quedar ciegos, sino tuertos, lo cual resulta una enorme ventaja. Lo malo es que quizás no vean sino la mitad del problema, mal chiste, pero viene a cuento porque también lo podrán utilizar para despertar a alguien querido en el medio de la noche y decirles medio aterrorizados: “Tengo algo en el ojo”, y el otro despertándose sobresaltado les mirará el ojo... y será un chiste negro, el otro no se olvidará de ustedes y por ende ustedes de mí, y también podrán usar el ojo como hace la filosofía oriental como un tercer ojo, el que abre la experiencia hacia lo que está más allá, lo espiritual, el sexto chacra.

Nuestro segundo regalo, entonces, será un ojo de Edipo, como lo fue para mí, hace muchos años, el mordisco de La Pavlovsky (vale la pena decir que las butacas donde están ustedes sentadas son del Bauen) para que lo utilicen para lo que quieran y sobre todo como un souvenir, tiene al dorso el nombre del espectáculo, el día de la fecha, todos los libros que escribí, y todos los que pienso escribir todavía. ¿Ustedes creían que el narcisista se había ido?

ESCENA 9: Los regalos y el docente

El tercer ojo nos permitirá entrar a otra dimensión del saber, necesitamos del docente, se lo reconoce fácilmente, porque está lleno de latiguillos: ¿se entiende?, ¿me siguen?, ¿te quedó?, ¿me entienden? Y también se lo reconoce por su desesperación de que lo comprendan. “El destino, en definitiva, es uno de los temas principales de este espectáculo. Hace 30 años comencé hablando del destino y ¿saben por qué? Eso también es típico del docente, a ver si estudiaron la lección, ¿por qué?

El docente es el más raro, es entre tímido y el que más sabe sobre asuntos importantes, sabe de todo: de psicología, de historia, de ciencia, el libro gordo de Petete, o llamado ahora Google.

Hace muchos años cayó una bruja a un hospital general en el que atendía, por allá, en el 94, abrí la puerta al box de guardia y la vi y me di cuenta que era ella por su aspecto descabellado y su extrema lucidez, eso me dio la certeza de quién era. Aparte de que había caído de su

escoba voladora y se había pegado un golpazo. Durante semanas y semanas hablamos y hablamos de la relación con el padre, con la madre, con la patrona, ¿se imaginan?, todo exacerbado por su extrema lucidez y forma de ser descabellada y al final de tanto hablar me dijo: “Este es mi destino” y ahí me cagó, me cagó. 30 años pensando qué es el destino y cómo responderle, no voy a decir que hoy me di cuenta, pero hace bien poquito.

Existen al menos cuatro clases de destinos diferentes: uno es el destino “Edipo, no te diste cuenta”, vas graciosamente por la calle y de repente te encontrás en un callejón sin salida que no lo vio ni el *google maps* y hacés algo que no debías hacer, o te enamorás como nunca, eso te cae encima. Un segundo destino es el destino “neurótico”, el enamorado que estuvo acá hace un rato que duda que duda que duda de su amado, no puede dejar de dudar, siempre la misma piedra en el zapato, siempre la misma rotura de la media en el mismo dedo del pie. Un tercer destino que llamaremos el “zarpado”, cuando nos desprendemos de nuestro destino, si se hubieran animado a ir tras una posibilidad que no hubieran querido y le encuentran la vuelta, cuando se tiran a la mar, ¿se acuerdan? Con viento en contra y mar embravecido. Y a pesar de eso salieron a flote. Y hoy con ustedes, 30 años después, he descubierto el cuarto tipo de destino. Sí, por esta obra, el destino azar. “¿De dónde venís? Del azar, del azar” que hoy nos trajo hasta aquí, que hoy nos hace pensar, que hoy nos descubre con nuevos regalos y nuevos recuerdos.

El segundo regalo que quiero ofrecerles, que en realidad es el tercero, tiene que ver con un agradecimiento por haberme ayudado a responderle, por fin, a la querida bruja, que sí que este es tu destino, raro, único, que es este encuentro.

Si le dejan un e-mail a Inés les va a llegar no solo este libro, mi primer texto dramático y actuado, con esto mismo que estoy diciendo ahora mismo, vayan a buscarlo, a comprobarlo después de salir de acá, la explicación imposible que jamás le pude dar a esa bruja y que recién ahora me doy cuenta. Quizás mañana a la mañana y ahí van a tener que decir algo porque tendrán un problema con la temporalidad, ¿cómo es posible que alguien esté hablando y mientras que va hablando va escribiendo el texto que nos llega en este preciso momento?

El azar parece que no deja nada librado a la suerte humana, nos deja medio desconcertado de cómo será posible un espectáculo que abre tantos temas y que finalmente se acerca a su final, y el azar finalmente se descubre en alguno de los miles de finales que tiene cada vida de cada uno de nosotros.

El tercer regalo no podría ser sino ser un texto final que se arriesga a no ser dicho cómo fue escrito.

Esto de los regalos me hace acordar a cuando se subían a los colectivos y empezaban a vender. Te ofrezco una lapicera, y como si esto fuera poco, iban agregando otros regalos hasta hacer imposible no interesarnos en la compra, te ofrezco también el cuaderno para que escribas,

y sobre las palabras que nos faltan para decir antes de dejar de hablar.

El texto final se llama “La tiranía de la lapicera”.

ESCENA 10: La tiranía de la lapicera

Los objetos me aburren. No tengo más que pensar esto y una infinita culpa me asalta. No es nuevo. Jamás me gustó mentir y no lo voy a hacer en esta ocasión.

Siento que me torturan, una presión a la altura del estómago me tensa, falta el oxígeno en el aire, y es un verdadero complot. Saber que solo al entrar a una habitación cualquiera tengo una capacidad de ilimitadas acciones antes de sentirme a gusto me saca las ganas de hacer cualquier tipo de cosa.

¿Por qué si lo único que quiero es entrar a una habitación, tengo que pensar en abrir una puerta, encender la luz, ubicarme en ella, saber cuáles son las rutinas de esa habitación, a qué clase social pertenece, y cuáles son los usos y costumbres de esa maldita? Lo único que yo quería era entrar a la habitación.

Una cantidad de acciones anteceden y están detrás de la acción deseada, no hacen más que yo postergue el deseo frustrado ante tal cantidad de obstáculos.

Así es todo, siento que los objetos tienen un espíritu de cuerpo, donde tocar a uno es siempre motivo de celos y disputas, por eso no hay otra solución que prescindir de todos ellos.

Vivir sin luz, sin picaporte, sin llave, sin ascensor ni escaleras, no tener casa ni ropa ni calefón ni agua corriente ni un papel ni una boleta ni la tiranía de la lapicera que no encuentro y, menos que menos, palabras.

Fin





En el 2023 se cumplieron 30 años de un hecho que marcó mi vida: me recibía de psicólogo en una universidad pública en Argentina. A partir de ahí, mi vida fue, entre otras, la clínica.

Fundé una institución llamada Episteme, un espacio de clínica, investigación y cultura. Hace 25 años publiqué mi primer libro. Antes y durante la pandemia publiqué una trilogía conformada por *Generación Play* (2014), *Homo selfie* (2019) y *Mandamientos digitales* (2023); que nace de una preocupación acerca de las incidencias de las múltiples pantallas en nuestra subjetividad.

La mayoría de los capítulos del último libro fueron publicados en diarios, revistas, sobre todo en *Página/12*, confirmando que, hoy en día, esta es una problemática que interesa a la mayoría.

Arrancando el 2024 abrimos el Centro Cultural San Abasto Teatro, un espacio para compartir con amigos, amigas, artistas y amantes de la cultura y el arte.

¿De parte de quién? es mi primera obra dramática que además he protagonizado y es publicada por El Bodegón Ediciones y Episteme Ediciones.

Todos mis libros están disponibles para ser bajados en www.martinsmud.com.ar y pueden mandar mensajes, comentarios, críticas a martinhsud@gmail.com.



Este libro fue impreso en
Buenos Aires, Argentina
para El Bodegón Ediciones.